

EL FERROCARRIL.

Se publica los Miércoles y Sábados.

DIRECTOR: AMADOR RAMOS OLLEZ.

Oficinas, Quesada, n.º 12.

PROTECCIÓN.

Varios periódicos, analizando juiciosamente la triste situación a que ha quedado reducida España por consecuencia de las guerras, sostienen que, una vez hecha la paz, comienza para ella un período de vida en el que se imponen nuevos derroteros para resarcirnos de tantas perdidas y sacar de nuestros propios recursos una energía y una perseverancia indispensables para ensanchar el espíritu nacional.

Si la frivolidad sigue imperando en todas las manifestaciones de la vida, si la negligencia se extiende de abajo arriba; si seguimos representando el melancólico papel de un pueblo meridional, encerrado en la culta y progresiva Europa, si en ciencia continuamos copiando y en literatura fantaseando y traduciendo; si en política persistimos en las eternas luchas del yo; si en la prensa no damos mayor importancia a los estudios serios que a la información de los sucesos, bien podemos decir que estamos en el principio del fin.

Muy razonable es cuanto bajo ese aspecto se diga; pero para que la ley eterna de la vida se cumpla, para que el país no sucumba y pueda surgir una España nueva, es preciso ante todo que modernice sus procedimientos con un cambio absoluto en la administración, haciéndola sencilla y clara, y con una protección decidida a las fuentes de riqueza, especialmente a la agricultura, cuya ruina se atribuye injustamente al arraso y rutina de los labradores.

¿Qué estímulo puede tener el propietario a quien nada producen sus fincas rústicas, y el colon que trabajando doce horas, se aniquila, para no obtener ni lo necesario a su sustento?

La República francesa, debe su engrandecimiento, después del desastre de Sedán, al fomento del trabajo, y su gobierno dedica allí 40 millones a la agricultura, el húngaro emplea 30, el alemán 20, el ruso 24, mientras el español no llega a cuatro, y promueve con sus exagerados impuestos, conflictos económicos que en las esferas populares estallan en revueltas o se traducen en la emigración.

En Almería.

La administración y el caciquismo. El redactor del *Heraldo de Madrid*, Sr. Martínez Zamora, que ha permanecido en esta ciudad durante algunos días, dirige a tan popular periódico un extenso telegrama expresando con todo el colorido de la realidad los escándalos y las vergüenzas que en Almería se producen por culpa de un caciquismo desbordado y de una codicia que siendo bastarda se nos ofrece con aires imperiales.

Oigamos lo que dice el ilustrado periodista a su popular periódico:

El periódico *La Provincia* ha denunciado la tristísima situación en que se encuentran los establecimientos de la Beneficencia Provincial.

Realmente tal situación es, como nunca, penosísima e insostenible, reclamando para su remedio inmediatas y muy energicas medidas.

Conviene que el Gobierno se haga bien en cuanto ocurre, y llame seriamente la atención de estas autoridades, a fin de que cese de una vez el estado de verdadera anarquía administrativa que impera aquí desde hace muchos años.

Los servicios del Hospital son todos muy deficientes. En conjunto, este establecimiento hallase casi completamente abandonado, no obstante las buenas disposiciones de algunas personalidades de la Diputación provincial.

El Hospicio encuéntrase en situación análoga.

Faltan ropas, calzado y hasta los alimentos más necesarios. Cada nodriza lacta tres y cuatro niños. Como la alimentación es escasa y pésima, las nodrizas y los hospicianos parecen verdaderos espectros.

El vicepresidente de la Diputación, animado de los mejores deseos, llegó en algunas ocasiones a anticipar fondos de su peculio particular; pero ésta y otras iniciativas estrelláronse contra la indiferencia oficial y la presión del caciquismo, que aprieta para que no se reclame a los Ayuntamientos los contingentes señalados para estas ineludibles obligaciones.

A propósito del caciquismo, continúa en auge en toda la provincia, y no se mueve una mosca como no sea por la voluntad de los caciques de la situación.

El cuadro es muy sombrío, muy triste, muy cargado de negras tintas; pero corresponde a la realidad.

Lucha desesperadamente el ordenador de pagos, D. Agustín de Burgos, por atender a las necesidades de los establecimientos benéficos; anticipa un mes y otro mes dinero de su peculio particular, del que nunca logra reintegrarse por completo, porque las exigencias no acaban y los ingresos se verifican

gongosa, gesticlante y vana de vanguardia de

de la indiferencia oficial, contra el caciquismo privado que protege a los Ayuntamientos para que no paguen a la Diputación, sin perjuicio de cobrar ellos al contribuyente cuanto le corresponde satisfacer.

Verdad que el mal no es solo de ahora, verdad que esos mismos escándalos y esas propias vergüenzas se repitieron siempre, en todas las situaciones políticas, mandando todos los hombres que la influencia oficial designara para que se burlasen impunemente de las leyes y escarnecieran la razón. En tiempos de Cánovas y en tiempos de Sagasta, siempre, siempre la administración fué un desastre en la provincia de Almería y el caciquismo ola inmensa, avalancha feroz que todo lo invadiera, destruyendo hasta los cimientos de la justicia, del orden y de la moral.

Pero no porque la enfermedad sea endémica debe renunciarse al remedio; no por que la deshonra cubra por igual a todos los partidos que en hora maldita consiguieron el turno en el poder y a todos los hombres que pusieron su influencia al servicio de las pasiones más bajas y de los anhelos más odiosos, es racional entregarlos en brazos del destino, dejando que la gangrena avance, en vez de emplear el cauterio para atajarla.

LO DEL DÍA.

La vuelta del soldado.

Ya vuelven los soldados. Hace dos años los velamos ir vestidos de rayadillo, camino de Cuba. Las músicas tocaban entonces, y el pueblo se agrupaba en las estaciones con banderas españolas, mirándoles marchar y atronando el espacio con sus vivas.

Ahora vuelven, y vuelven a la patria triste, que al verlos gime.

Las músicas están mudas, los corazones no se dilatan al calor del entusiasmo, los labios callan, los ojos lloran.

Pobres soldados! Ha huido la salud de sus cuerpos, han perdido el color de sus rostros, la carne de sus huesos, la alegría de sus almas. Y han perdido a muchos compañeros del alma que iban cayendo en la manigua unos, en el hospital otros, en

el mar estos, y algunos también al tocar la tierra donde nacieron.

Batallón hay que tenía 1.300 hombres, y de ellos solamente han quedado siete.

Y con ser tan grandes esos dolores, no es lo que angustia más el corazón de los soldados que regresan. Hay otro dolor más acerbo, otra angustia más intensa.

Es el recuerdo del día en que rindieron sus fusiles al enemigo. En Santiago y en Manila lloraban al ver arrinada su bandera y sus armas en pabellones. Lloraban envidiando a los que murieron antes de que sus ojos vieran estas supremas tristezas.

EL PUEBLO NO

Algunos políticos de oficio y algunos periódicos oficiosos, obstinándose en hacer creer a las gentes que la catástrofe que sufre España, no solo son responsables los hombres y los partidos que la han gobernado, sino que también al pueblo corresponde gran parte de culpa.

Nada tan infame como esa acusación en lábios de los explotadores del país.

No es justo culpar al pueblo; ha dado este tres mil millones de pesetas y más de doscientos mil soldados. Ha recorrido en

desconocido en el señales de abanico; tras

por divisa el «siempre adelante» y el «no importa». En el apartado hogar, tal vez brotarían lágrimas en muchos ojos, tempestades de dolor en muchas almas; nacerían juntas la plegaria y el apóstrofe, pensando en el hijo querido muerto allá, en aquella ingrata tierra, si bien que una mano amiga cerrara sus párpados. Así ha llegado al calvario; ya en él, ante los instrumentos del suplicio, ni pide que separen de su vista un cáliz tan amargo. Cierra los ojos, y devora en silencio sus amarguras.

Es posible culpar a un pueblo que tiene semejantes procederes? La culpa, en caso, estaría en su extrema docilidad, en esa docilidad que llega a las fronteras de la humillación y del rebajamiento.

NO LO ESPERE.

Martínez Zamora, el apreciable redactor del *Heraldo de Madrid* que ha permanecido breves días entre nosotros, telegrafía a su periódico lo siguiente:

Los presos se albergan en un casucho de detestables condiciones, absolutamente faltode luz y aire. Los calabozos están convertidos en pochegas, y los presos viven de milagro, duermen sobre el suelo y tienen que emplear mantas para hacer aire artificial.

En resumen: estos servicios ofrecen un cuadro muy triste, que indigna aun a las almas menos sensibles a la desgracia y al dolor del prójimo.

La opinión clama justamente contra tan grandes abandonos por parte de los llamados a impedir que continúe semejante estado de cosas.

Siquiera por humanidad, es preciso que se ponga término al deplorable estado de estos servicios, que, aunque no para muchos, son los más importantes y los que por su índole exigen mayor celo y más eficaz diligencia.

¡Remedio! No lo espere el ilustrado compañero y querido amigo.

¿Quién va a ponerlo?

Las quejas del país, las censuras de la prensa, los lamentos de toda conciencia honrada, son regalada música para nuestros gobernantes, los de arriba y los de abajo, los de Madrid y los de Almería.

Y convenzase el amigo Zamora de que con el pentagrama no se pone término a males tan hondos y a vergüenzas tan grandes.

Cuanto más censuremos el horrible desbarajuste, mejor creerán los amos de la patria que hacemos buen uso de los medios y del contrapunto.

DESDE GUADIX.

LOS REOS DE ALAMEDILLA.

En la Capilla. — La ejecución. — Forasteros. — Un accidentado. — Muerto de horror.

Ayer fueron ejecutados los reos de la Alamedilla. En el tiempo que estuvieron en Capilla se mostraron bastante serenos, con especialidad el Vilchez Justicia. Dionisio Guido, aunque mejorado de las heridas que se infirió en el antebrazo izquierdo, se hallaba muy débil, por efecto de la sangre perdida. Permaneció tendido en el petate hasta el momento que el ejecutor de la ley les vistió la infame hopea de los ajusticiados. Agustín Molero, aunque había poco lo hace siempre demostrando tener sereno el juicio.

A las cuatro de la tarde del 26 confesaron los tres demostrando verdadera contrición. Y a propósito de esto: Se dice, por aquí, sin fundamento, que el Vilchez Justicia cometido un

asesinato o pudo quedar impunito consta que, cuando este celoso señor Juez les instó para que confesasen públicamente si habían cometido algún delito que estuviese pagado otro inocente contestaron que solo habían realizado el que les llevaba al patíbulo.

La noche la pasaron con mucha tranquilidad y durante ella se reconciliaron con los sacerdotes más de una vez; Vilchez Justicia estuvo largo tiempo exhortando a sus desgraciados compañeros a que se arrepintiesen de sus culpas y murieran como cristianos. El mismo rogó más de una vez que por medio de la prensa se publicase su agradecimiento a todas las personas que tanto se habían interesado por ellos, trabajando por conseguir su indulto.

La asistencia que en la capilla han tenido los infelices reos no ha podido ser más completa. Aparte de buen número de sacerdotes de esta localidad, han permanecido cerca de ellos los frailes franciscanos de Baza, P. Bernardino de María, Vázquez y P. Gabriel Acenti. Entre los hermanos de Paz y Caridad de todo ha habido, pues mientras unos permanecían más del tiempo reglamentario en la Capilla, otros, no asistieron a sus horas.

La colecta pública ha dado un buen resultado y toda ella pasará a las familias de los reos, según mandato de los mismos.

A las cinco de la mañana se dijo por un Padre la misa de Comunión que recibieron los tres desdichados reos con gran recogimiento.

A las siete y media de la mañana de ayer se presentaron los ejecutores en la capilla y vistieron la ropa a los que habían de ser ajusticiados. A las ocho en punto se puso en marcha la triste comitiva, siendo los reos conducidos en un curro a la Rambla de San Antón donde se había construido el tablado. A dicho sitio llegó a las ocho y media y a las nueve quedó cumplida la justicia.

Se calcula en once mil personas las que asistieron a la ejecución, siendo la mayor parte de ellas de los Montes y del Muro.

El oficial de caballería que mandaba esta fuerza, al ir a acostarse noche para descansar algunas horas, antes de enviarlo

al servicio nocturno, se subió al caballo y

el oficial de caballería que mandaba esta fuerza, al ir a acostarse noche para descansar algunas horas, antes de enviarlo

